

El Geriátrico

Nicolás E. Rodríguez



Capítulo 1

EL GERIATRICO

La saliva de su compañero ya había alcanzado el piso parqué de la sala. Oscar ya no lograba mantenerse despierto durante las tardes, precisaba siempre de una hora con cuarenta minutos de siesta, rigurosamente cronometrados por su propio reloj de pulsera.

El geriátrico donde se encontraba Pedro no era más que uno de los tantos de la ciudad de Rosario. Las paredes estaban pintadas, en su mayoría, de un color pastel que, por alguna razón, desconocida hasta para los más sabios residentes, en los pasillos se tornaba de un verde muy aguado, pese a que siempre se usaba pintura beige. El ambiente era exageradamente amarillento debido al exceso de lámparas incandescentes, “lamparitas” para Maribel, la señora de la cadera de titanio y de los mejores dientes postizos del lugar.

La sala donde Pedro reposaba en su mecedora daba a un pequeño patio, dotado de una enredadera que trepaba la pared medianera y llegaba hasta el final de ella para formar un hermoso techo de ramas, en las que nunca crecían hojas. Había quienes decían que esa parra murió hace ya mucho, y otros que aun conservaban la relativa esperanza de que quizás se estuvo escondiendo durante largos años para mostrar su máxima belleza en un momento dado. Los menos atrevidos simplemente le restaban importancia al ser qué, de realmente estar vivo, quizás sea el residente más longevo de la institución.

Interminables eran los debates al respecto, Carlos aseguraba haber estudiado el comportamiento de tan estanco espécimen y Claudia, cada tanto, decidía salir unos minutos al patio a conversar con el frágil tronco, que a veces le contestaba con un débil agrietamiento de su vieja corteza.

—Después de un largo día de descanso con sus compañeros residentes, la rutina consiste en, finalmente, seguir descansando y recuperar las energías para descansar al día siguiente—comentaba una de las promotoras que pasaba a su lado acompañada de dos jóvenes hermanos ansiosos por encontrar un lugar para la mujer que les había dado la vida y que ahora no era más que una delgada anciana sin memoria que observaba como Pedro se ataba con esfuerzo los cordones de sus zapatos sin caerse de su silla.

La joven promotora había ingresado a trabajar hacia solo dos meses para atender a las familias que necesitaban encontrar un lugar para sus ancianos. Era una mujer de cara risueña, nariz pequeña, y una sonrisa desproporcionadamente grande en relación al tamaño de su rostro, llevaba su pelo castaño recogido con una cola de caballo ajustada. Su

contextura delgada contrastaba con el embarazo de cinco meses que llevaba en el vientre.

—Y este es el patio que como les comenté anteriormente, compartimos con la maternidad vecina, contamos con todo lo necesario para que su madre pase bien sus últimos años—decía la promotora mientras se tocaba el vientre embarazado.

Lo cierto es que la vida de los residentes del geriátrico consistía en la contemplación de la totalidad de objetos y seres que los rodeaban, para posteriormente criticarlos.

La vida de Pedro pasaba a cuenta gotas en la vieja mecedora que se había ganado hace ya unos años, después de la muerte de Fabián. Una obra única a los contaminados ojos de los residentes, constaba de una antigua silla de madera cuyas patas habían sido firmemente encastradas y atornilladas a dos casi idénticos arcos improvisados de caños de hierro, una maravilla, única e irrepetible en el mundo, jamás hubo una silla del mismo estilo, llegada a esa antigüedad en ese estado y que haya sido amarrada de esa forma a un par de simples caños toscamente encorvados para permitir que el usuario pueda mecerse. El viejo Claudio aseguraba que era una obra de ingeniería, Maribel le otorgaba poco valor, aunque mucho respeto, lo que hablaba mucho de su personalidad.

La realidad marcaba que cada vez que fallecía el usuario exclusivo de la silla, comenzaba una nueva era en el geriátrico, como ser un cambio de régimen por la muerte de un rey, algo repentino pero esperable.

El anciano pensaba como nuestros recuerdos más insignificantes se pierden en el mar de experiencias que te da la vida misma. Él estaba seguro de haberse atado los cordones dos años atrás de la misma manera que se los había atado hace unos momentos. Sin embargo, no podía recordar ese momento, intentarlo sería una empresa tan complicada como intentar recobrar un grano de arena específico de todos los que se encuentran en un desierto.

Esa tarde Pedro estaba contemplando el piso que tantos años había mirado con su típica impaciencia mientras esperaba que su compañero despierte de su siesta para compartirle el fruto de sus desvariaciones, cuando un cambio de aire invadió sus pulmones.

Una palabra hubiese bastado para advertirles a sus compañeros residentes de la falta de oxígeno que estaba sufriendo su cerebro. Pero esa palabra nunca apareció, cualquiera diría que el encargado de formular esas palabras se encontraba incapacitado para realizar esa tarea. Pero a Pedro le dio la sensación de tener un profundo deseo de que ocurra este

desenlace.

A continuación, se le presentaron brumas de diferentes colores, pequeñas y grandes, que cambiaban tanto de tamaño como de color en un infinito fondo negro. La luz natural que iluminaba la sala no se había extinguido bajo el asedio de la penumbra que le consumió la vista, sino que se había transformado en un paisaje alternativo, con figuras amorfas que querían parecerse a formas conocidas.

Pedro no tenía la certeza de reconocer cosas en ese caos, solo tenía la sensación de que no era la primera vez que se relacionaba con ellas. Las luces se encendieron de un momento a otro y su cabeza empezó a ordenar las extrañas partes que se mezclaban entre sí.

DEL OTRO LADO

El cuerpo de Pedro estaba más ligero de lo que alguna vez haya sentido, era una molécula de agua flotando en un descomunal mundo compuesto en su totalidad de vapor.

Vagaba hacia donde los vapores corrían, los cúmulos humeantes se amontonaban y abalanzaban unos sobre otros mientras fluían en una carrera descontrolada hacia ninguna parte.

Maravillado por el dinamismo del fenómeno que estaba presenciando, se detuvo a pensar en lo monótono que se estaba volviendo el movimiento de esas masas grisáceas que admiraba con la vista y que observaba cada vez más lentas en su actividad. La verdad es que Pedro no solía divertirse demasiado tiempo con las nuevas cosas que conocía, si algo despertaba su interés, lo hacía durante una porción muy acotada de tiempo.

Al cabo de pocos segundos una neblina casi inmóvil contrastaba con el paisaje turbulento que hacía instantes sucedía en ese lugar del que desconocía absolutamente todo.

Entre la niebla empezó a reconocer siluetas de esferas transparentes que apenas se asomaban, estaba rodeado de ellas, y se sorprendió al darse cuenta que se encontraba sentado en una. No pasaron muchos minutos para que algunas lleguen casi al alcance de su mano.

Tenía una extraña sensación de familiaridad hacia este lugar, a la vez que sentía miedo a la incertidumbre de su naturaleza.

Su cuerpo flotaba en la niebla como si no tuviera peso alguno y giraba sobre su posición de forma espasmódica buscando algo que le pareciera lógico, hasta que vio una figura oscura, no muy lejos de donde él se encontraba, al menos no para las distancias que él suponía que había en ese lugar. La figura era humana, y parecía posarse de una de las tantas

esferas que minaban la bruma.

—Oiga...disculpe—intentó decir, con un tono algo tímido que lo hizo avergonzarse— ¡Disculpe! —pero la figura no daba señales de oírlo.

En la medida que pasaban los segundos lograba reconocer la figura con mayor claridad. Era un hombre, de contextura pequeña, algo jorobado. Se acercaba lentamente con la cabeza a gachas y una mirada triste y fija hacia la nada detrás de él.

Pedro comenzó a mirar desconcertado a su alrededor, buscando más figuras humanas que lo acompañen.

No tardo en encontrarse nuevamente solo en el inmenso vacío. Pero esta vez empezó a invadirlo la desesperación.

Al cabo de pocos minutos, su cuello estaba acalambrado de tanto girar de un lado a otro buscando señales de algo.

Estando en el pico de estrés de su búsqueda, volteó para ver a su lado y se encontró con el rostro de mirada triste que unos minutos atrás había perdido de vista.

El hombre ahora miraba fijamente a los ojos de Pedro, que no sabía cómo reaccionar. Que no sabía, de hecho, si es que había que reaccionar a algo.

El hombre de mirada triste ahora levantó las cejas avivando su mirada e hizo un gesto con la boca muy parecido a una sonrisa, a una sonrisa como la de esa gente a la que nunca se la ve sonreír, salvo en momentos muy específicos. Levantó las manos a la altura de su mentón mientras Pedro lo miraba fijamente y percibía como sus ojos y los del hombre desconocido se cerraban hasta quedar nuevamente sumergido en la oscuridad.

ESTRELLA SOLITARIA

Sumergido en la oscuridad total de un mundo nuevo. Pedro comenzó a mirar desconcertado hacia la nada.

Los primeros segundos fueron dedicados a palpar su rostro con sus manos, no estaba seguro de tener los ojos abiertos debido a la oscuridad que reinaba en el lugar. No tardó mucho en rendirse y dejar de tocarse a sí mismo para empezar a buscar objetos que lo ayuden a referenciarse en el espacio.

Como un ciego sin su bastón en un lugar desconocido, caminaba por un suelo perfectamente plano anteponiendo sus manos para detenerse ante

el más mínimo contacto con una masa desconocida.

La mente de Pedro era incapaz de diferenciar segundos y horas, el tiempo no era una noción conocida en ese lugar. Contó los pasos de a miles hasta sentir que sus pies flotaban sobre la inmensa oscuridad que lo rodeaba.

Solo cuando la confusión fue total, su personalidad había sido destruida y sus recuerdos le habían sido ya arrebatados, es que pudo ver el Punto.

En medio del vacío y a la altura de sus ojos, un Punto, de un color cálido como el sol del atardecer. Una luz tenue y débil a una distancia desconocida.

Se abalanzó desesperado a la posibilidad de que alguien le diga quién es o quien puede ser. Sus pasos eran pequeños, sus piernas agotadas sucumbían y él recurría a arrastrarse por el suelo con sus torpes brazos.

Avanzaba dejando a su paso años de vida con tal de llegar a su meta, pero el punto nunca cambiaba de tamaño o de intensidad. Hacía caso omiso a su cuerpo que le pedía detenerse a cada instante. Hasta que colapsó, tendiéndose en el suelo en posición curvada y con la cabeza oculta entre sus hombros.

Los eones corrieron y él permaneció inmutable. Su vida como Pedro estaba perdida en el gran mar de su existencia y recuperarla sería una empresa tan complicada como intentar recobrar un grano de arena específico de todos los que se encuentran en un desierto.

Llegado el momento, abrió los ojos para ver en medio de la oscuridad una pequeña carpa cónica, de tela rupestre amarillenta que irradiaba desde su interior una luz naranja como si una fogata estuviera en su interior.

Se acercó con una timidez infantil, corrió la tela rugosa con una de sus manos y una luz intensa lo encandiló. No se sobresaltó, nada de eso lo sorprendía.

Dentro de la carpa había un infinito fondo blanco y cálido que lo sedujo a ingresar inmediatamente.

Introdujo la cabeza seguida del torso y las piernas, que no llegaron a sentir ningún suelo de sustento. Comenzó a caer desprovisto de visión, recuerdos o personalidad alguna. De un momento a otro, se encontró sollozando sobre enormes manos resbalosas que lo sostenían con firmeza.

Las mismas manos que lo entregaban a una mujer gigante, agitada y

transpirada que lo recibía con una sonrisa cálida.

Mujer de cara risueña, nariz pequeña, y una sonrisa desproporcionadamente grande en relación al tamaño de su rostro, con el pelo castaño desparramado sobre la cama en la que yacía recostada.

Más tarde, descansando en brazos de su madre, contempló desde la ventana su nuevo mundo. Una maternidad llena de recién nacidos y, separado por un patio, un geriátrico que visualizaba a través de una parra con incipientes y pequeñas hojas que permitían ver a un anciano dormido sentado en una extraña mecedora al que le colgaba un hilo de saliva hasta el suelo.